TERESA DE JESÚS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Olegario González de Cardedal *

La generosidad del Ayuntamiento de Ávila instituyendo el premio Teresa de Jesús, y la benevolencia del Jurado me sitúan hoy en esta tribuna y aquí estoy entre el agradecimiento, el asombro y la perplejidad. ¿Cabe mayor distinción que ser asociado al nombre de esta ciudad y de esta mujer? ¿Hay honor más sagrado para quien nació a la palabra personal, al ministerio sacerdotal y a la libertad verdadera que ser acogido y guiado por ellas? Cuando el día 20 de septiembre a las diez de la noche el Sr. Alcalde lograba conectar conmigo, tras haberme perdido yo en las montañas de Cardedal, y me notificó que en la recepción del premio debería tener un discurso y surgía mi perplejidad: yo he escrito sobre Santa Teresa, pero no soy un especialista de su persona, ni de sus fundaciones, ni de sus escritos como lo son otros colegas de la Universidad y otros amigos de las Facultades de teología. Yo no he escrito «sobre» Santa Teresa; sino que he intentado escribir «desde ella», en su luz y a su sombra, reviviendo la actitud con que ella vivió, reformó y escribió, recreando su gesta de fe e iglesia, pues su siglo y el nuestro tienen muchas cosas en común. El XVI y el XX han sido siglos creadores, tiempos recios; han vivido experiencias desgarradoras, han ofrecido grandes ejemplares de humanidad, creatividad y santidad.

¿Cómo atreverse hoy a escribir sobre su obra literaria después de lo que han escrito Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Ángel Custodio Vega, Fernan-

* Palabras pronunciadas el día 11 de octubre 2001 en el Salón de Plenos al recibir el «Premio Nacional de las Letras Teresa de Jesús, I», instituido por el Ayuntamiento de Ávila. Fueron a su vez parte del discurso tenido en la Academia: sesión del día 30 de octubre de 2001. El texto ha sido refundido para la publicación aquí y forma parte del libro del autor, publicado con aquel motivo por el Ayuntamiento de la ciudad: *El corazón en Ávila* (Ávila, 2002).

do Lázaro Carreter, Víctor García de la Concha, Ninfa Watt, Helmutz Hatzfeld y tantos hispanistas de las últimas generaciones que han situado cada palabra suya, analizado cada página y escrutado cada giro? ¿Cómo decir algo sobre su vida y sobre el contexto, tanto de la sociedad como de la Iglesia en el siglo XVI en medio de las que vivió y llevó a cabo su reforma, existiendo las obras clásicas del P. Efrén de la Madre de Dios y Ottger Steggink, Melquíades Andrés, José Ignacio Tellechea y Teófanes Egido? ¿No sería signo de ignorancia o de insolencia querer penetrar en el santuario de su teología y espiritualidad tras las obras de los grandes maestros carmelitas todavía vivos, comenzando por el P. Tomás Álvarez, Eulogio Pacho y el P. José Vicente, que nos hace el honor de acompañarnos, y tantos otros especialistas de su doctrina y de su pedagogía mística? Y si fuera poco, acaba de llegar la lectura social y económica, con la monografía admirable de J. A. Álvarez Vázquez, catedrático de Historia de Instituciones Económicas y Decano en la Facultad de Económicas de la Universidad Autónoma de Madrid, alumno y doctor en teología por nuestra Universidad de Salamanca: *Trabajos, dineros y negocios. Teresa de Jesús y la economía del siglo XVI: 1962-1982*[1].

Pero me queda todavía algo más profundo, que me remite a las raíces de mi historia personal. ¿Cómo tomar la palabra y aceptar un premio en esta ciudad donde todavía arde viva la llama de un hombre que ha vivido y pensado, escrito y actuado connaturalmente con la Madre Teresa de Jesús Baldomero Jiménez Duque, Rector durante muchos años y alma del Seminario Diocesano, única institución cultural que en esta provincia pobre durante aquellos años míseros nos abrió a los pobres de la tierra los caminos de la cultura y con ello los caminos de la fe y de la esperanza, de la dignidad y de la libertad? De ahí mi perplejidad y asombro: No puedo callar, porque también puedo decir con la Madre Teresa «con ser yo de mi condición tan agradecida»... Mas tampoco puedo hablar por no tener nada que decir, que merezca la pena sobre ella. Pero hay otra razón suprema: los grandes maestros y libros no hay que oscurecerlos comentándolos con páginas vulgares y triviales, que terminan haciendo oscura sombra a su clara luz. Hay que llegarse a ellos, vivirlos y beberlos, estar ante ellos, existir desde ellos y con ellos. Y si algún autor hay transparente, a pesar de que nos separan de ella cinco siglos, es Santa Teresa de Jesús. Porque no distancian los siglos, sino los vacíos; y no acercan los años sino las sintonías interiores. Por eso, antes que escribir sobre Teresa de Jesús, hay que leerla. Para ello bastan unas leves introducciones que ofrezcan el conjunto mínimo de referencias históricas, sociales y ambientales, necesarias para que el lector actual no se tropiece ante giros arcaicos o situaciones puramente pretéritas y pueda seguir el curso interior del relato teresiano.

---

[1] Madrid, Editorial Trotta, 2000.

Lo más esencial de la vida no son los libros sino la vivencia y vividura que nos han forjado para ser quien somos, y seguimos siendo hasta lograr dar aquellos frutos y la fecundidad de lo que en nuestra raíz nos tiene. Por eso respiré cuando, una vez expuestas estas angustias mías ante algunos amigos, entre los cuales estaba un miembro del jurado, éste me dijo: «Tú cuéntanos cuál ha sido tu relación personal e intelectual con Santa Teresa». Pero un escritor no cuenta meras impresiones subjetivas, sino que da voz viva a la realidad que se la pide y un teólogo no ofrece su palabra subjetiva sobre Dios, sino que se diluye a sí mismo hasta el extremo para que, a través de su palabra humillada y despojada, Dios se diga gloriosamente a sí mismo en el mundo con palabras de hombre. Y así puesto en el borde me encuentro reviviendo la experiencia fundamental de nuestros místicos ante la realidad divina. Ellos no cesaron de afirmar que Dios trasciende todo nuestro pensar, sentir y decir; y repitiendo sin cansarse que Dios es inefable, crearon la palabra más verdadera. Santa Teresa ofrece el lenguaje coloquial supremo de su siglo y San Juan de la Cruz es la cumbre de nuestra lírica hispánica.

En la vida imprimen carácter no sólo algunos sacramentos, sino también ciertas realidades, personas y experiencias. Somos lo que han forjado nuestras ilusiones, vivencias y esperanzas fundamentales. En este orden yo tengo troquelada mi alma con un doble carácter fraguado al mismo tiempo: fui ordenado sacerdote sobre las losas del primer convento de la Madre Teresa, San José de esta ciudad, un 22 de febrero de 1959 a las 8 de la mañana. ¿Se imaginan el teñido frío y la helada claridad del cielo y todavía el tímido fulgor de las estrellas? Mi familia tuvo que venir desde Cardedal, bajando a pie desde la sierra de Gredos a 1.500 metros de altura hasta coger el coche que los acercara a la civilización: el que pasaba por Santa María de los Caballeros. Mi madre me lo recordaba siempre: cuando bajábamos por la dehesa del Bardal la luna se reflejaba en los charcos helados y cuando llegábamos a las murallas estaba amaneciendo. El Adaja también estaba helado.

El sacramento del orden, administrado por el Obispo don Santos Moro Briz, y el lugar teresiano en que acontecía su celebración dejaban mi vida ordenada y religada a unas realidades constituyentes: ante todo al ministerio sacerdotal y luego a la presencia de la Madre Teresa, sentida sobre todo en su templo y sus hijas. Allí estaban también la estatua orante de Don Álvaro de Mendoza, el entonces obispo abulense, su protector y amigo, con las capillas donde yacen enterrados Julián de Ávila y el Maestro Daza, en una de las cuales Don Alfonso Querejazu, otro de mis maestros y guías, atraído desde la Sociedad de Naciones de Ginebra a Ávila, había celebrado su primera misa ayudado por Don Baldomero Jiménez Duque como monaguillo y único asistente. A partir de ese momento comienza para mí un trasiego de lecturas, viajes, estudios y amistades teresianas que me han ido acer-

cando la faz de la Madre Teresa y a las que debería nombrar aquí, porque sin ellas yo no sería quien soy.

Yo no había estado todavía en Salamanca cuando me tropecé con el texto de Fray Luis de León, que dice lo que ha sido luego mi trayectoria espiritual. «Yo no conocía ni vi a la Madre Teresa de Jesús, mientras estuvo en la tierra; mas agora que vive en el cielo la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros; que, a mi juicio, son también testigos fieles y mayores de toda excepción de su grande virtud». Y en otro momento define a ambas como «retratos de sus semblantes y testimonios ciertos de sus perfecciones». Sus libros y sus hijas serán compañía permanente para mí a partir de este instante. En mis viajes por el mundo, a cada ciudad que llegaba una de mis primeras visitas era siempre a las Carmelitas Descalzas, porque me parecían parte de mi familia, fueran la nación, lengua o cultura las que fueren: Carmelitas de Colonia, Dachau o Augsburgo en Alemania, Carmelitas de Washington o de La Habana, Carmelitas de Mataró (Barcelona), Dos Hermanas (Sevilla), Donamaria (Navarra) en España... Siendo todas tan distintas, sin embargo todas se revelaban a los pocos minutos de conversación, en su sentir y semblante, hijas de Santa Teresa, reflejando la dura y gozosa luz de Ávila.

Antes de ir a Alemania aprendí alemán con el Dr. Funk en la calle Eduardo Marquina 8, pero sobre todo leyendo día y noche, diccionario en mano, la biografía de un carmelita, entonces casi desconocida entre nosotros: Edith Stein, aniquilada en las cámaras de gas en Auschwitz y recientemente canonizada por Juan Pablo II. Esa biografía estaba escrita por la que fue su maestra de novicias [2]. He vuelto a ver el ejemplar de este libro, editado por primera vez en la editorial Herder en 1957, que en 1958 llevaba ya cuatro ediciones y del que se habían hecho o se estaban haciendo ediciones en inglés, francés, holandés, español, italiano, sueco y japonés. Firmé ese ejemplar en «Ávila, agosto de 1959» y una segunda relectura: «10.7.1994, El Castañar, Salamanca». Esta última fecha corresponde a un verano pasado en el Santuario de nuestra Señora en Béjar escribiendo un capítulo para un libro luego no publicado («Dios en la experiencia cristiana»), en el que junto a otros ocho capítulos dedicados a los grandes teólogos de la historia del cristianismo había uno que llevaba por título: «Tres hijas del Carmelo (Teresa de Lisieux, Isabel de la Trinidad, Edith Stein)». Tres reliquias vivas de Edith Stein me han acompañado desde entonces, aprendidas y veneradas: una fotografía suya poco antes de ser transportada a Auschwitz, una oración («Herr, lass geschehen was du willst...») y una frase de la biografía que me sigue guiando hasta hoy, en la que ella descri-

---

[2] *Schwester Theresa Renata a Cruce, Edith Stein. Philosophin und Carmelitin. Ein Lebensbild gewonnen aus Erinnerungen und Briefen durch Schwester Theresa de Spiritu Sancto* (Freiburg, 1958).

bía su itinerario a la fe: «Mi ansia por la verdad era una única oración». La verdad en la inteligencia y en la vida, pasando por la voluntad y el corazón hasta llegar a las manos. Santidad del corazón y de la inteligencia, ya que las aguas del bautismo no deben rozar solo la cabeza por fuera sino penetrar la conciencia y la razón, hasta conformar los impulsos viscerales e intencionales.

Cuando llegué a Alemania en el verano de 1959 crucé desde Beyreuth, situado en la cercanía de Checoslovaquia, hasta Colonia para visitar el Carmelo en el que ella había vivido, y poder conversar con las Hermanas que todavía habían conocido a esta gran mujer, nacida en Berlín, judía de origen, discípula y colaboradora de Husserl en la Universidad de Friburgo, compañera de Heidegger, y que se convirtió al catolicismo tras pasar una noche entera leyendo el *Libro de la vida de la Madre Teresa*, cerrándolo con esta afirmación: «Esta es la verdad».

Cinco años pasados en Alemania, en un momento crítico de la historia espiritual y social, teológica y católica de Europa, justamente desde 1960 a 1965 en los que se prepara y celebra el Concilio Vaticano II, me abren a unas dimensiones nuevas, forzándome a preguntar por la validez de la mística, de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz ante la conciencia moderna, a la luz de la renovación bíblica, del pensamiento metafísico, de la nueva sensibilidad social y de la nueva situación política y económica del mundo. ¿Es la mística algo absolutamente extemporáneo, o por el contrario nos ofrece un destello de la vocación definitiva del hombre y son sus representantes los augures de nuestro futuro esencial? Mi confrontación de joven cura abulense con la cultura europea, tal como ella me era ofrecida por la ciudad y Universidad de Munich donde yo estudiaba, estuvo determinada por dos hechos. El *primero* fue la contraposición que el protestantismo instaura entre Biblia y Mística. Toda la teología germana desde Barth y Bultmann hasta Bonhoeffer, Moltmann, Pannenberg y Jüngel en nuestros días mantenían la contraposición entre el profetismo, como realización suprema del monoteísmo ético de la Biblia por un lado, y por otro la mística, como expresión, según ellos, de un sujeto cerrado sobre sí mismo y dispuesto a apoderarse de Dios en una experiencia que convierte al hombre en soberano de toda realidad, y que por tanto no merecía otro nombre que el de paganismo o magia. Hay un libro clásico de E. Brunner, que explicita y defiende hasta el límite esta contraposición: *Die Mystik und das Wort = La Mística y la Palabra (Biblia)* (1924) [3]. Con matices y excepciones tal posición ha perdurado casi hasta nuestros días.

---

[3] Un exponente máximo de esta oposición por parte de la teología protestante tanto a la metafísica como la mística, con su latente orientación kantiana hacia la primacía de la moral, es: ALBRECHT RITSCHL en sus obras: *Geschichte de Pietismus I-III* (Bonn, 1980-1986), ID., *Theologie und Metaphysik. Zur Verständigung und Abwehr* (Bonn, 1981).

La *segunda* confrontación tenía lugar entre la mística y la metafísica. Al que los místicos invocan como Dios, ¿no es el Absoluto, el Englobante, el Uno, el Origen Absoluto de los filósofos? Platón, Plotino, Escoto Eriugena, Spinoza y Hegel ¿no dicen en el fondo lo mismo que ellos? Hay que haber sentido en carne viva esta búsqueda divina de los hombres, su marcha hacia el Fundamento, Fuente y Futuro del hombre, su pasión de unión intelectual y amorosa con él, para diferenciar en un primer momento y, sin confundir, unir después lo que los místicos cristianos dicen sobre el Dios revelado a Abraham y Moisés, entregado personalmente y traducido humanamente en el destino de Cristo. Si podemos decir que el misticismo es un hecho virtualmente universal, sin embargo sus contenidos etiológicos, sus propuestas escatológicas y sus realizaciones antropológicas, son bien distintas y a veces hasta contradictorias. A diferencia del Dios de los filósofos, el Dios de los místicos cristianos tiene historia y tiempo para el hombre, toma palabra y carne, en las que se expresa, existe con nosotros y consiste para nosotros. La carne no es la desgracia de un ángel caído sino el extremo límite de la realización del Absoluto en su autodonación al hombre.

El ser ya no es sin el tiempo, el Absoluto sin la historia, la trascendencia sin la inmanencia, el poder del Omnipotente sin su religación al destino de la criatura en duración y muerte. Quienes hemos admirado y amado a Platón, viendo en él un atisbo del futuro, comprendemos el giro total (meta-noia) que se le exigía al pensamiento griego para adherirse a Cristo. La adhesión a él no niega la trascendencia de Dios, sino que la reduplica hasta pensarle capaz de padecer por compadecer, de sufrir por amar, de ser compañero del hombre hasta aquel borde donde la caducidad, la muerte y la nada se agolpan y parecen anularlo. Esta es la suprema cuestión metafísica: El Absoluto, ¿es lejano y vive despreocupado del hombre o es amigo y compañero suyo en una alianza, que puede implicar el tener que ser su «goel», su redentor responsable? El Poder supremo, ¿se ejerce como exigencia y justicia o como perdón y misericordia, en aquel silencio que nunca acusa, pero que desvela el pecado y nos lleva a superarlo por el amor agradecido y nunca por la exculpación que lo oculta o la remisión que humilla? Historia, asombro, conversión son así los tres ejes de la experiencia cristiana. A ésta en su intensidad suprema pensable desde el punto de vista afectivo, cordial, visceral y entrañado, la llamamos *experiencia mística.* Es su cumbre y «exceso» pero está en continuidad estructural y dinámica con la normal vida de fe de todo cristiano. «La pensée théologique naît de l'émerveillement et se déploie dans l'action de grâces». «Le langage de la foi est "dur", "fou", "scandaleux" parce qu'il lie l'avenir absolu des hommes au destin d'un crucifié». «Nul ne peut faire sien un langage s'il ne fait sienne une expérience» [4].

---

[4] «El pensamiento teológico nace del asombro y se despliega en la acción de gracias». «El lenguaje de la fe es "duro" "loco", "escandaloso", porque religa el porvenir absoluto de los hombres al des-

Sobre ese fondo de pensamiento occidental y de tradición filosófica hay que situar la genialidad de Teresa de Jesús. En esos solares arraiga su discusión con los franciscanos y la polémica en torno a la influencia de autores espirituales del Norte (Eckhardt, Suso, Tauler, Ruysbroeck, Herph, Dionisio el Cartujano...), que acentuaban sobre todo la unión con la esencia divina. ¿Dónde encontramos al Dios vivo y verdadero? ¿Desde dónde tenemos la perspectiva necesaria para conocerle y la palabra eficaz para nombrarle: desde el trascendimiento de los sentidos, imaginación e inteligencia hacia el Vacío, la Nada, el Silencio, el Fondo sin fondo o, por el contrario, Dios es reconocible en el tiempo, la carne y la humanidad? Contra todos los grandes teólogos de la escuela renoflamenca trasladada a España, los alumbrados y recogidos Francisco de Osuna, Bernardino de Laredo, Herph y las traducciones latinas de Surio, que se inclinan a la llamada mística de la esencia Teresa de Jesús, a solas y por instinto a la vez que por su personal experiencia, remite al único Dios ya real, al encarnado, al que trasparece vivo en la viva humanidad de Jesús. Y desde ahí alimenta sus sentidos externos y sus sentidos espirituales, su corazón y sus palabras. La mística no es una alternativa a la metafísica occidental sino un desafío a su comprensión del Absoluto, del ser, del hombre y del sentido de la historia. ¿Desde dónde se entiende ésta: desde el silencio que nos devuelve al vacío y nada original o desde la gozosa implantación en el mundo amado como creación, trascendido como don, y en el que Dios asume con realismo nuestra historia y por eso se deja llevar al destino más desecrador que en su tiempo era el de los esclavos: la crucifixión? No eran cuestiones baladíes, elucubraciones exotéricas o pura fantasía lo que estaba en juego con la Madre Teresa, sino que eran y siguen siendo las cuestiones eternas del hombre ante sí mismo y ante Dios, la pregunta por el sentido de la realidad como revelación y gracia, o como silencio y des-gracia.

Estos han sido los tres ámbitos de confrontación, verificación y acreditación de la mística en nuestro siglo: la Biblia y el protestantismo, el pensamiento metafísico de Occidente, las religiones universalistas del lejano Oriente. Yo leo hoy a los místicos abulenses Teresa de Jesús y Juan de la Cruz después de dar un largo rodeo. Ya no me es posible la inmediatez ingenua porque el pensamiento humano ha sondeado crítica y metódicamente en aquellas realidades de las que ellos hablan por experiencia, sin percatarse ni explicitar en qué medida su palabra y existencia implican una comprensión de la realidad, es decir una metafísica, una comprensión de la historia y conocimiento humanos, es decir un gnoseología, una realización vivencial y una práctica histórica específica, es decir, una ética y una antropología. Con humor y la correspondiente exageración suelo decir que los mís-

---

tino de un crucificado». «Nadie puede hacer suyo un lenguaje, si no hace suya una experiencia». J. Y. LACOSTE, *Le monde et l'absence d'oeuvre* (Paris, Presses universitaires de France, 2000, págs. 129-160).

ticos castellanos del siglo XVI son un invento de la filosofía francesa del siglo XX. No es el momento de hacer la historia de esa recuperación y revalidación filosófica que ha tenido lugar en Francia de la mística hispánica, partiendo de la conmemoración del tercer centenario de Santa Teresa (1882) y de San Juan de la Cruz (1891). Esa recuperación filosófica es acompañada por la recuperación bíblica, indirecta a través de la Escuela Bíblica de Jerusalem con el Padre J. M. Lagrange y por la recuperación explícita con el magisterio vivo de Teresa de Lisieux, que vuelve a poner en primer plano a San Juan de la Cruz, como su verdadero maestro de espíritu. Dicho esto han sido en primer momento filósofos como Maine de Biran, Ollé-Laprune y sobre todo M. Blondel los que se percataron del valor filosófico y de la excepcional significación cristiana de los místicos. El siglo se abre con un libro significativo por muchas razones: W. James, *Las variedades de la experiencia religiosa. Un estudio sobre la naturaleza humana* (1901), en el que se dedica un capítulo a la mística situada todavía en el borde de la patología y de la psicología. Luego ya vendrán las grandes monografías y las grandes síntesis, tanto desde el punto de vista metafísico como desde el punto de vista espiritual. Sólo enumero algunos nombres de esa recuperación de los místicos en la cultura francesa: Delacroix, Maritain, Blondel, Baruzi, Bremond, Bergson, Lavelle Marechal, Morel... desde el punto de vista de la filosofía; Garrigou- Lagrange, y Bruno de Jesús María, Eugenio del Niño Jesús, Luciano María de San José, Henry de Lubac, L. Bouyer, Y. de Audia... desde el punto de vista de la espiritualidad; L. Massignon y L. Gardet, en relación con el Islam, Olivier Lacombe en relación con el mundo oriental en la línea en que Zaehner desde Inglaterra lo había hecho con el hinduismo; O. Clement en relación con la ortodoxia. Me remito a dos libros fundamentales para la historia de esa presencia de los místicos en la cultura francesa durante el último siglo [5]. A este interés del mundo universitario francés por la mística, yo tendría que añadir que quienes fueron mis estrellas guías en el cielo de la teología alemana viva, Kart Rahner y Hans Urs von Baltasar, a quienes luego elegiría como santos protectores erigiendo en su nombre la «Escuela de Teología» en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, provenían de la formación espiritual que el renacimiento teológico y la relectura histórica había llevado a cabo nombres tan señeros como E. Przywara y Hugo Rahner [5a], superando la imagen barroca y la comprensión guerrera y contrarreformadora que durante largo tiempo se había hecho de San Ignacio, y redescu-

---

[5] A. BORD, *Jean de la Croix en France* (París, 1993); E. POULAT, *L'Université devant la Mystique. Expérience de Dieu sans mode. Transcendance du Dieu d'amour* (París, 1999), además de los artículos correspondientes en el admirable *Dictionnaire de Spiritualité*.

[5a] E. PRZYWARA, *Majestas divina. Ignatianische Frömmigkeit* (Augsburg-Köln, 1929); ID., *Deus semper maior. Theologie der Exerzitien I-III* (Freiburg, 194, 1938-1940); H. RAHNER, *Ignatius von Loyola und das geschichtliche Werden seiner Frömmigkeit* (Graz-Salzburg, 1947); ID., *Ignatius von Loyola als Mensch und Theologe* (Freiburg, 1964).

briendo su profundidad mística. Esta recuperación histórica y espiritual del Santo de Loyola la ha completado entre nosotros con su excepcional biografía. J. I. Tellechea: *Ignacio de Loyola, solo y a pie* (Salamanca, 1990).

San Ignacio de Loyola, Santa Teresa y San Juan de la Cruz son las figuras fundantes de su conciencia teológica para Rahner y Baltasar. Sin el arraigo religioso, sin la impresión de realidad divina que la lectura de sus obras transmite y sin la afirmación de su vigencia entera, estos dos autores son incomprensibles. De ellos vengo yo y de ellos he recibido la profunda convicción de que el cristianismo no es un mero relato de hechos pasados, ni una seca doctrina, ni una moral sin más, sino una propuesta de vida, capaz de llegar hasta las raíces del mismo ser humano, de fecundar nuestras entrañas más entrañables, porque con él llega el Dios encarnado hasta la carne del hombre, alentando ya sus dinamismos y preparando su cuerpo para la resurrección. La mística de la encarnación propia del cristianismo, esa mística de la humanidad de Jesús que revive Teresa de Jesús, es la salvaguarda suprema de la persona encarnada, del hombre que existiendo en el mundo, es inquietud y vocación, por ello pasión y necesidad, del Eterno. Por estos meandros y tras estos largos rodeos, con esa inflexión reflexiva, vuelvo yo a leer hoy ingenuamente, cordialmente, a Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. La complejidad ya me es un trampolín para la simplicidad, convencido de que ninguna reflexión sobre la vida del hombre ahorra la tarea de vivir, ninguna teoría sobre la libertad dispensa del arriesgado ejercicio de ser libres, ninguna teoría sobre la fe priva del empeño de confiar y del gozo de crecer, de discernir y de preferir, ninguna teoría filosófica sobre la mística es coextensiva o explicativa de su verdad vivida como don de Dios, del Dios que revela su gloria para vida del hombre, del Dios humilde y pobre que acredita su Majestad, en compañía y Soberanía por convivencia con el hombre mortal. Sin tales palabras pero con la vida, sin apelación a sistemas filosóficos o situaciones sociales, los místicos mostraron real y vivible, divino y humano, al Dios viviente.

Desde esos trasfondos y después de esos largos rodeos volví yo a Ávila en 1965, para reencontrarme con los lugares, los libros, los hijos e hijas vivas de la Madre Teresa y de Juan de la Cruz. La historia de su relación mística es la de dos maternidades que se interaccionan en sentido diverso, pero que ya no son comprensibles por separado. Esa es la Teresa que me ha tenido sin respiración porque ella habla de la realidad divina desde su realización humana, porque su palabra en pura transparencia, no pide atención para sí misma sino para el Dios que la ha convertido en expositor de sus maravillas. Su *Vida* está alejada de la biografía moderna y sobre todo del impudor de aquellos relatos que se convierten en pedestal para mostrar vidas desnudas sin belleza ni dignidad de fondo. La interioridad de Teresa es una intimidad suscitada por la palabra de Dios a ella y transcendida en el encuentro personal con él. Su palabra no es literatura autónoma sino hábil instru-

mento que no reclama consistencia, porque eso supondría cegar la visibilidad de quien la llama, sostiene y envía.

Esta es la Teresa que yo he conocido y la única que me interesa: aquélla en cuya vida Dios se muestra real y realizador, como llama que desde la raíz del ser alumbra y trasfigura al hombre, le hace arder con el entero ser. Sus palabras y sus manos hasta hoy trasforman lo que tocan y hacen surgir instituciones, a las que seguimos acudiendo porque en ellas descubrimos «vivas las mesmas aguas de la vida». Yo no he conocido otra Teresa, ni *la de la leyenda dorada*, forjada sobre la base de relatos legendarios, fenómenos extraordinarios o florecillas al estilo franciscano tardío; ni *la de la imaginería barroca*, que a merced del gusto dominante de los siglos XVII y XVIII sitúa su faz en lo extraordinario y sublime permanente; ni *la de la Santa de la raza*, enfrentada como lo más autóctono y berroqueño nuestro a las creaciones culturales de otras latitudes o a la fe en otras iglesias; tampoco he conocido *la santa del erotismo*, que en los últimos decenios forjaron a la medida de sus deseos, quienes no son capaces de comprender que donde alienta la llama del ágape divino, surgen palabras, expresiones y actitudes en forma suprema que luego se reviven en el eros humano, y no a la inversa; finalmente tampoco he conocido *la santa de las reliquias*, que durante los siglos XVIII y XIX obsesionó a tantas gentes hasta partir su cuerpo y repartir en mínimos fragmentos los manuscritos de sus obras.

Esta es la Teresa en cuya cercanía yo he vivido durante decenios, la que he admirado, amado y envidiado. Cada año cuando celebraba los cursos de Teología de la Universidad Complutense (El Escorial), luego proseguidos en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en Santander, antes o después, pasaba siempre con un grupo de alumnos y de alumnas por San José de Ávila para prosternarme en el lugar donde ella vivió, escribió y forjó la personalidad de sus hijas. Desde Salamanca, ante las angustias de tener que hablar de Dios, sin tener palabra verdadera, padeciendo el estremecimiento de quien ve la desproporción abismal que existe entre la realidad divina y la palabra humana, ¿cuántas veces no he ido a Alba de Tormes para orar y llorar, invocar y esperar, allí donde su corazón roto muestra todavía su pasión infinita por el Infinito y donde su mano de escritora me recuerda la gracia y la tarea casi imposible de proferir una palabra verdadera sobre Dios, si él previamente no nos quema con sus divinas brasas los labios como al profeta Isaías y mueve nuestra pluma para ponerla por escrito?

Yo no confesaría mis lágrimas antes Vds. si hubiera sido el único alumno o maestro de la Universidad de Salamanca que ante ella hubiera llorado de entusiasmo o de angustia, en agradecimiento o súplica. En 1586, apenas cuatro años después de su muerte, un maestro de estilo y humanidades invitaba a sus alumnos a leerla. He aquí el testimonio de un joven llegado desde Andalucía, el futuro teresianista Tomás de Jesús:

«Siendo yo estudiante en Salamanca, habiendo escuchado a mi maestro, llamado Céspedes, que leía humanidades, que entre los libros que hablaban en lengua vulgar castellana, pura y propia, había un libro de una monja descalza, alabó mucho el lenguaje de aquel libro; yo, sabiendo que aquella monja era la bienaventurada madre Teresa, fui al convento de nuestra orden a pedir uno de sus libros, y me dieron un libro de su vida, manuscrito, porque aún no estaba impreso, y leyéndolo en mi casa, sin mirar otra cosa que su modo de hablar, por ser yo en aquel tiempo un joven muy distraído, abriendo el libro al azar en el capítulo 18..., tanto me demudó, que comencé a llorar»[6].

Si yo tuviera que exponer un día las razones de mi admiración ante la persona, los escritos y la obra de Santa Teresa, enumeraría así sus excelencias:

1) El garbo de mujer.

2) La experiencia religiosa profunda.

3) La maestra de espíritu, en especial de oración.

4) La forjadora y troqueladora de personalidades, dentro de la orden en Hermanas de coro y en prioras insignes; y fuera de la orden en profesores, letrados, teólogos, regidores, hombres de la política y de los negocios.

5) La escritora consumada.

6) La fundadora.

7) La mujer consciente de su lugar como mujer en la sociedad y en la iglesia, más allá de prejuicios y de tópicos, decidida a llevar a cabo su misión, poniendo tal empeño en ella que no ahorró viajes, lluvias, carros, desplantes, marginaciones hasta el final y la muerte por un rodeo en Alba, a merced y por culpa del antojo de una duquesa en vísperas de parto.

No me gustaría morirme sin leer una obra en tres volúmenes, en los que alguien recogiendo lo muchísimo que el siglo XX ha aportado a su conocimiento, nos presentase su persona, sus escritos y sus instituciones; los 17 monasterios nacidos bajo su supervisión directa mientras ella vivía, y los miles que siglo tras siglo han ido surgiendo de su luz y bajo su amparo. Y si yo en brevedad tuviera que enumerar más expresamente las razones de mi admiración y de esa envidia que es amor, es decir, las razones reales de su grandeza, enunciaría las siguientes características de su persona:

1) *Voluntad de verdad*, como determinación radical de la existencia. La vida no como voluntad de poder, mero deseo o fácil nostalgia, fantasía o temor,

---

[6] Cit. en T. ALVARES, *Estudios teresianos IV* (Burgos, 2000).

sino verdad y llaneza. Aquel andar en la verdad, a ras de tierra y de cielo, que eso es la humildad para ella.

2) *Interioridad sorprendida y trascendida.* Cuando el hombre se vuelve hacia su más profundo centro y en él se encuentra con Dios, surge una palabra nueva, como surgió una lengua griega nueva cuando Pablo se convierte y explicita en ella el evangelio, cuando el platónico Agustín redacta sus *Confesiones*, cuando Eckardt en un sentido, y Lutero en otro, desde su experiencia religiosa crean el alemán, y en la misma línea Santa Teresa y Juan de la Cruz llevan a su plenitud el castellano.

3) *La conjugación de polos extremos*, en tal forma que no se anulen sino que se potencien. Les ahorro la lista de polaridades para sólo concentrarme en una: experiencia mística y gestión financiera. ¿Cómo es posible que en los años más dramáticos de sus Fundaciones tras las experiencias en Andalucía, escriba como si no pasara nada, en un sereno fluir de palabra e idea, su *Castillo Interior*, sin apenas una corrección, desde el 2 de junio al 29 de noviembre de 1577, que lo concluye en Ávila? Son siete meses. Pero oigan lo que dice en *Moradas* 5, 4, 1: «Han pasado casi cinco meses desde que lo comencé hasta ahora y como la cabeza no está para volverlo a leer todo debe ir desbaratado y por ventura dicho algunas cosas dos veces». Es decir, en dos meses ha escrito el libro más bello y profundo de la historia espiritual de la humanidad. Lean el volumen del Profesor J. A. Álvarez Vázquez para comprobar cómo gestiona durantes esos años las fuentes de su economía: juros, censos, dotes, limosna, trabajo y otros ingresos.

4) *El realismo de la santidad.* ¡Qué libertad de espíritu, qué autoridad real ante las que ella llamaba «autoridades postizas», qué señorío interior en distancia y desprecio a lo que designaba como «negra honra», qué «estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas!» *(Funda* 13, 5). «Mientras más santas más conversables con sus Hermanas» *(Camino* 41, 7).

5) *La humanidad en versión femenina* como reclamación y reto. Ella se supo mujer, comprobó los límites sociales y religiosos de su condición, pero en el fondo ganó y dominó el corazón de casi todos los hombres que la trataron, desde los letrados a los teólogos, los regidores a los arzobispos. ¡Tenía una sensibilidad e imaginación superiores, por su origen burgués, por sus lecturas infantiles, por su formación en nuestra Señora de Gracia, por su santidad real!

6) *La palabra que recrea el mundo.* Ella escribió por obediencia y por necesidad. En la palabra fue real su experiencia. Ésta no preexiste en un vacío de

mediaciones expresivas, imaginativas y conceptuales, sino que se articula en la palabra y llega a su plenitud revivida cuando escribe. Palabra en sus diversos géneros: biográfico, testimonial, magisterial, histórico, poético, epistolar.

7) *El secreto del castillo interior: Dios.* Sin llegar a este íntimo secreto nada es explicable en Teresa de Jesús. La experiencia de la celebración del centenario nos llevó a una espléndida colaboración entre las tres áreas centrales en su obra: la histórica dirigida por Teófanes Egido, la literaria dirigida por el recién nombrado académico José Antonio Pascual, y la teológica dirigida por un servidor. La única Teresa real es la que surge en una historia y suscita una historia; la que se alimenta de unas lecturas y escribe unos libros; pero sobre todo la que reforma, conforma y trasforma todo eso desde la realidad amorosa de Dios. La amistad personal con el Dios personal es el quicio y sentido de su mística. Ante ciertos excesos y extravagancias de algún filósofo de segunda categoría atenido exclusivamente a la forma en los escritos de Santa Teresa y menospreciando la realidad «Dios», a la que ella siempre se remite, José Ignacio Tellechea en el Aula Miguel de Unamuno de la Universidad de Salamanca, formuló cariñosamente este reproche: «Al tratar así la mística, atenidos exclusivamente al lenguaje y olvidando la realidad que lo funda y expresa, se comportan Vds. como los niños chicos a quienes al darles un caramelo tiran el contenido para quedarse mirando el papel en que va envuelto»[7].

Pero ese libro, que sería el que yo necesitaría escribir para exponer y fundar todo esto, me desborda y a mis años no me merece la pena. En el mejor de los casos mis palabras sólo serían un eco inerte de su voz viva. Prefiero seguir conociéndola en sus hijas, que siglo tras siglo reviven su espíritu, y sobre todo por la lectura fiel y amorosa de sus obras, a la vez que intentando vivir como ella, pensar con ella y reflejar a Dios en el mundo con su ayuda.

Si yo como creyente y teólogo quisiera sintetizar las razones que fundan la universalidad, perennidad y permanencia inagotable de Teresa de Jesús no encontraría palabras más exactas que las que escribió el filósofo H. Bergson (1859-1941), profesor en la Sorbona, premio Nobel de la Literatura en 1927, que siendo judío no quiso desolidarizarse de su pueblo en los años de persecución 1930-1940, pero que explicitó su voluntad de morir dentro de la iglesia católica y de ser enterrado como tal. Son de todos conocidas, pero no sé si alguna vez han sido pronunciadas en este Salón de Actos del Ayuntamiento. Las profiero en signo de agradecimiento a los hispanistas franceses que durante el último siglo han dedicado su vida entera al estudio de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Los anteriormente enumerados, junto con otros muchos han mostrado la significación espiritual, metafísi-

---

[7] J. I. TELLECHEA, *La mística española del siglo XVI* (Salamanca, 1992).

ca y literaria, de la mística, que no niega sino que presupone su específica realidad religiosa y su positiva determinación cristiana. Hasta ahí quisiera yo llevar mi reflexión: Ávila no puede heredar su legado literario y espiritual si no mantiene y suscita una permanente capacidad creadora. Sólo hereda quien crea; cuanto más nuevo sabemos más capaces somos de asimilar lo viejo; cuanto más libres en modernidad más necesitados de una tradición que nos acerque toda la historia viva y cuanto más aprendemos más ignorancia descubrimos respecto de lo esencial. En esta batalla obligada entre dos extremos: saber positivo y especulativo hasta el límite y una ciencia que se trasciende a sí misma hasta el Origen y meta de todo conocer se gestan la grandeza y dignidad del hombre.

El misticismo completo es, en efecto, el de los grandes místicos cristianos. Dejemos a un lado, por el momento, su cristianismo, y consideremos en ellos la forma sin la materia. No hay duda de que casi todos han pasado por estados semejantes a los puntos intermedios por los que pasó el misticismo antiguo. Pero no han hecho más que pasar por ellos. Recogiéndose sobre sí mismos para tenderse en un esfuerzo completamente nuevo, han roto un dique: una inmensa corriente de vida se ha apoderado de ellos, y de su vitalidad aumentada se ha desprendido una energía, una audacia, un poder de concepción y de realización extraordinarios. Piénsese en lo que realizaron, en el dominio de la acción, un San Pablo, una Santa Teresa, una Santa Catalina de Siena, un San Francisco, una Juana de Arco, y tantos otros. Casi todas estas actividades sobreabundantes se han empleado en la propagación del cristianismo.

Cuando se toma así, en su término, la evolución interior de los grandes místicos, se pregunta uno cómo han podido ser comparados a enfermos. Ciertamente, vivimos en un estado de equilibrio inestable, y la salud media del espíritu, como por otra parte la del cuerpo, es cosa difícil de definir. Hay, no obstante, una salud intelectual sólidamente asentada, excepcional, que se reconoce sin esfuerzo. Se manifiesta en el gusto por la acción, en la facultad de adaptarse y readaptarse a las circunstancias, en la firmeza unida a la flexibilidad, el discernimiento profético de lo posible y de lo imposible, en una simplicidad de espíritu que triunfa de las complicaciones: en una palabra, mediante un juicio superior. ¿No es esto precisamente lo que se encuentra en los místicos de que hablamos? ¿Y no podría servir para la propia definición de la robustez intelectual?[8].

Gracias a hombres como Cuthbert Butler, Evelin Underhill, F. von Hügel en el área inglesa, en la francesa a Blondel y Bergson, Delacroix y Baruzi «los místicos han obtenido finalmente derecho de ciudadanía en el universo de la inteligencia», ha escrito otro pensador francés, J. Guitton[9]. No es que la mística viva con permiso de la metafísica, o sólo merezca reconocimiento cuando la universidad le

---

[8] H. BERGSON, *Las dos fuentes de la moral y de la religión* (Buenos Aires, 1962), 228-229.

[9] J. GUITTON, *Portrait de Marthe Robin* (París, 1983), 137.

autorice a existir en su universo teórico. La experiencia mística es una forma primordial de ejercitación de la vida humana, abierta al Absoluto y convocada desde su raíz al amor. No se ejercita irracionalmente pero no se agota ni se mide exclusivamente por lo que una forma de razón concreta autorice en cada caso a pensar sobre el hombre y sobre Dios. Mística y metafísica son coextensivas, ya que no se puede pensar el ser hasta su fondo si no se reconoce en él un principio amoroso, y no se puede pensar a Dios hasta el fondo si no se reconoce en él un principio que realiza y comunica verdad, bondad y belleza a todo lo demás. Ambas son coordinadas, pero lo mismo que objetivamente es Dios primero que el hombre, aun cuando el hombre se encuentre consigo mismo antes que con el poder que lo hace existir, de igual forma la mística es anterior a la metafísica, ya que sin «un querer» originario, en el doble sentido del término «decidir-amar» no habría realidad. Los seres existen como resultado de una posibilidad pensable (el ser como contenido) pero sobre todo como resultado de una decisión en libertad (cada ser en su puesto, con nombre y tiempo propio). Por eso los místicos terminan fascinando a todo hombre, que ha desbrozado el mar de su vida de todos los sargazos peligrosos [10]: «Cuando el misticismo habla, hay en la mayor parte de los hombres algo que imperceptiblemente le hace eco» [11]. Si la filosofía parece una ciencia cronológicamente primera respecto de la mística, sin embargo al final se convierte en ciencia guiada por ella: «Los místicos han abierto un camino por donde podrán otros hombres marchar y por lo mismo han indicado al filósofo de dónde venía y a dónde iba la vida» [12].

Los místicos son quienes no han hecho elección entre Dios y el hombre, entre el mundo y el absoluto. Sus expresiones negadores de todo para encontrarse con el Todo, y sus repetidas «nadas» para encontrarse con el único que verdaderamente «es», son fórmulas dialécticas, que apuntan más a lo que afirman que a lo que niegan [13]. No amar las cosas es una manera de afirmar que Dios es absolutamente amable y que absolutamente ama al hombre; que cuando las cosas encubren ese Absoluto, se vuelven nada y nadificadores. ¿Por qué los místicos cristianos ejercen tal fascinación a la vez que despiertan en nosotros las supremas tentaciones y nos ponen ante los supremos abismos? Porque en ellos Dios se ha

---

[10] Cfr F. D. MAAS, *Mystik im Gespracb: Materiales zur Mistyk-Diskussion in der katholischen und evangelischen Theologie Deutschland nacb dem letzten Weltkrieg* (Würzburg, 1972); B. MCGINN, «The Modern Study of Mysticism», en *The Foundations of Mysticism* (Londres, 1991), 265-343.

[11] Id., 217.

[12] Id., 253.

[13] J. LADRIÈRE, «Langague des spirituels», en *Dictionnaire de Spiritualité* (París, 1976), 9, 204-217. El lenguaje de los espirituales, en ID., *La articulación del sentido* (Salamanca, 2001), 323-340.

mostrado manifiestamente real como amor. «Dios es amor y es objeto de amor: he aquí toda la contribución del misticismo», sigue diciendo H. Bergson [14]. Real en el orden de la inteligencia y del corazón, del pensar y del vivir. Dios es tan real para Teresa de Jesús como los pucheros de la cocina, las puertas del coro o el pozo de la huerta. Dios es más amoroso que el amor de los padres, la amistad de los amigos o el cariño de las Hermanas cercanas. Dios no es una palabra pronunciada sino una Palabra que nos pronuncia y una Realidad que nos instituye. Los místicos hablan de Dios en un movimiento primero de su ser, no en movimiento segundo de la razón o decisión. Los demás humanos concluimos que Dios existe, decimos que hay Dios; ellos lo saben. Por eso nos volvemos a ellos, a su experiencia de Dios. Experiencia que nada tiene que ver con el experimento positivo de las ciencias o con las vivencias íntimas de la psicología. Contra nada lucharon más Santa Teresa y San Juan de la Cruz que contra la búsqueda de tales sentimientos extraordinarios, visiones sobrenaturales o revelación hipotéticas, remitiéndonos siempre a la pura fe en Dios y al puro amor de Dios. Experiencia de Dios quería decir para ellos existir desde Dios y en Dios, con todos los dinamismos intelectivos volitivos, desiderativos y dilectivos. No como resultado de un esfuerzo nuestro hacia él o sobre él, sino como advenimiento suave y pacificador de él hasta nosotros. Todos los fenómenos extraños o interiores que ellos sufrieron desde la enfermedad al éxtasis... eran sencillamente el resultado de esa embestida del Infinito sobre la poquedad del ser finito, los dolores que sienten las entretelas humanas al ser estiradas y purificadas para poder albergar al Infinito, las angustias que padecen nuestras palabras pecadoras para nombrar santamente al Santo y decir con pudoroso amor al Inefable.

Concluyo, agradecido, mi intervención. Gracias a la ciudad, aquí presidida por Don Agustín de Mera alcalde, gracias a todo el Ayuntamiento, gracias a los miembros del Jurado, gracias a todos Vds., que me acompañan hoy, sobre todo a quienes han venido de lejos desde mi aldea natal aquí representada por su alcalde Antonio Sánchez, y su párroco Miguel Vasco, desde Salamanca representada por el Decano de la Facultad de Teología Ángel Galindo, desde Madrid entre otros muchos amigos por el Excmo. Sr. D. Enrique Fuentes Quintana, presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Espero que si en mi pasado no había fundamento suficiente para el premio, en el futuro este honor y la benevolencia de ustedes acompañándome me obliguen a merecerlo. Muchas gracias.

---

[14] ID., 248.